

**María Saleme de Burnichón
(1919-2003)**

La educadora cordobesa

Primera decana de Filosofía, a mediados del siglo XX innovó la pedagogía local con sus prácticas libertarias. Creía en la importancia de cultivar la alegría e incorporar las tecnologías que usan los alumnos.

Por **Mónica Ambort***

Gentileza **Pablo Becerra**

A pesar de haber criado a los chicos de la familia, cuando la menor de los siete hermanos pretendió enseñarle a leer y escribir, la *nana* no quiso saber nada de letras. Eso era cosa de ricos. Y dolida porque sus patrones no toleraban a *la Evita*, se fue de la casa.

La alfabetizadora era María Saleme, a quien el fracaso la confirmó en su vocación pedagógica. Trabajaría para gente como sus vecinos, condenados a la pobreza generación tras generación: campesinos, siervos, *nanas*...

Discípula de dos maestros del marxismo, Silvio Frondizi y Rodolfo Mondolfo, la joven Saleme, nacida en 1919 en una zona semirrural de Tucumán, se movió desde el comienzo con una premisa muy instalada en el discurso pedagógico del Siglo XXI, pero revolucionaria en su época: antes que repetir libros, a los estudiantes se los debe acompañar para que formulen sus propias preguntas. Partir de la experiencia del alumno, un ser en situación y no un receptáculo de saberes ajenos. Como pedagoga, seguía las enseñanzas de la italiana María Montessori.

Leer y escribir era cosa de ricos.

En la Escuela Normal Agustín Garzón Agulla, de la que fue directora cuando devino cordobesa, María Saleme tomaba pruebas a libro abierto y a la hora de vigilar, prefería pasear por los pasillos. En México, donde recaló en uno de sus primeros exilios, fue alfabetizadora de comunidades autóctonas y a comienzo de los 70 estuvo en el Taller Total de Arquitectura, una experiencia que incorporó las ciencias sociales al diseño y la construcción. Después del 76, casi en la clandestinidad creó para hijos de desaparecidos los Talleres de Apoyo Escolar y cuando en el 83 la democracia volvió, la comunidad de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC la premió nombrándola su primera mujer decana. Era el fin de muchos años de persecución: todos los gobiernos habían censurado sus prácticas libertarias, un martirio cuyo cénit fue el comando paramilitar que en 1976 le dinamitó la casa de Villa Rivera Indarte y fusiló a su marido, el editor Alberto Burnichón.

Hasta el final de sus días, María Saleme criticó

el neoliberalismo de los 90. Siempre lamentó que los docentes universitarios fueran obligados a correr tras los *papers*, y en la privatización del sistema educativo veía la mano larga de la dictadura. Defensora de la escuela pública y amante del campo, advertía los riesgos de la sojización para el medio ambiente.

Sin tintura ni maquillaje, de figura tenue, la maestra Saleme reivindicaba el valor de la alegría. "En la escuela no se cultiva la alegría. Tal vez si se lo hiciera, los chicos de las zonas marginales soportarían con más entereza los golpes de la vida".

Formada en las primeras décadas del siglo XX, sabía bien que a los chicos de fin de siglo los movían otras realidades. "No quiero decir que enseñemos con tiras cómicas, pero hay que tener en cuenta esos elementos", decía, cual comunicadora, en alusión a las nuevas tecnologías.

*Directora de El Cactus.

Autora de María Saleme. Educar para la libertad, mención en el Concurso de Ensayos Las Nuestras. Secretaría de Cultura de Córdoba, 2011.